

Prefacio

AL FINAL DE SU RESEÑA DE MI PRIMER LIBRO, *Code: And Other Laws of Cyberspace*¹ David Pogue, brillante escritor y autor de innumerables textos técnicos y relacionados con la informática, escribió:

A diferencia de las leyes reales, el software de Internet no puede castigar. No afecta a la gente que no está conectada (y solamente lo está una minúscula minoría de la población mundial). Y si no te gusta el sistema Internet, siempre puedes apagar el módem².

Pogue era escéptico en lo que respecta al argumento central del libro — que el software, o «código», funcionaba como un tipo de ley—; su reseña sugería el feliz pensamiento de que si la vida en el ciberespacio se echaba a perder, siempre podíamos, «pim, pam, pum», pulsar un interruptor y volver a casa. Apaga el módem, desenchufa el ordenador y cualquier problema que exista en *ese* espacio ya no nos «afectará» nunca más.

Puede que Pogue tuviera razón en 1999 —soy escéptico, pero pudiera ser. Pero incluso si tenía razón entonces, hoy ya no la tiene: *Por una cultura libre* trata sobre los problemas que Internet causa incluso después de haber apagado el módem. Se trata de una discusión sobre cómo las batallas que hoy son objeto de lucha en relación a la vida en Internet afectan de un modo crucial a «la gente que no está conectada». No hay interruptor que pueda aislarnos del efecto Internet.

Pero a diferencia de en *El código*, la discusión aquí no versa sobre Internet en sí misma. Trata, más bien, de las consecuencias que Internet ha tenido en una parte de nuestra tradición que es mucho más fundamental y, por difícil que sea admitir esto por parte de un aspirante a *geek*, mucho más importante.

Esa tradición tiene que ver con la manera en la que se construye nuestra cultura. Tal y como explico en las páginas que siguen, venimos de una tradición de «cultura libre» (no necesariamente «gratuita» en el sentido de «barra libre» (por tomar una frase del fundador del movimiento del software libre)³, sino «libre» en el sentido de «libertad de expresión», «mercado libre», «libre comercio», «libre empresa», «libre albedrío» y «elecciones libres». Una cultura libre apoya y protege a creadores e innovadores. Lo hace directamente concediendo derechos de propiedad intelectual. Pero lo hace también indirectamente limitando el alcance de estos derechos, para garantizar que los creadores e innovadores que vengan más tarde sean *tan libres como sea posible* del control por parte del pasado. Una cultura libre no es una cultura sin propiedad, del mismo modo que el libre mercado no es un mercado en el que todo es libre y gratuito. Lo opuesto a una cultura libre es una «cultura del permiso» —una cultura en la cual los creadores logran crear solamente con el permiso de los poderosos o de los creadores del pasado.

Si comprendemos este cambio, creo que podemos resistirnos a él. No «nosotros» de izquierdas o «ustedes» de derechas, sino nosotros que no tenemos ningún interés personal en las industrias específicas de la cultura que definen el siglo XX. Ya seas de izquierdas o de derechas, si careces de intereses en este sentido, te va a preocupar la historia que aquí cuento. Porque los cambios que describo afectan a valores que ambos bandos de nuestra cultura política consideran fundamentales.

Vislumbramos este sentimiento de escándalo bipartidista a principios del verano del 2003. Mientras que la Comisión Federal de Telecomunicaciones (FCC en inglés) valoraba la modificación de las reglas de

¹ Publicado en castellano: *El Código y otras leyes del ciberespacio*, Madrid, Taurus, 2001 [N. del E.].

² David Pogue, «Don't Just Chat, Do Something», *The New York Times*, 30 de enero de 2000

propiedad de los medios de comunicación, que relajarían los límites de concentración de los mismos, una extraordinaria coalición generó más de 700.000 cartas dirigidas a la FCC oponiéndose a las modificaciones. Mientras William Safire se describía a sí mismo marchando «incómodo al lado de las Mujeres Código Rosa para la Paz y la Asociación Americana del Rifle, entre la progresista Olympia Stowe y el conservador Ted Stevens», formuló quizás de la manera más simple lo que estaba en juego: la concentración de poder. Así que se hizo la siguiente pregunta:

¿Acaso suena esto poco conservador? A mí no. La concentración de poder —político, corporativo, mediático, cultural— debería ser un anatema para los conservadores. La difusión de poder a través del control local, animando así la participación individual, es la esencia del federalismo y la expresión más grande de la democracia.⁴

Esta idea es un elemento central del argumento de *Por una cultura libre*, aunque mi enfoque no se dirige sólo a la concentración de poder producida por la concentración de la propiedad, sino que, de un modo más importante, aunque sea debido a que es algo menos visible, centro mi discusión en la concentración de poder producida por un cambio radical en el campo efectivo de acción de las leyes. Las leyes están cambiando; ese cambio está alterando la forma en la que se construye nuestra cultura; ese cambio debería preocuparte —da igual si Internet te preocupa o no, da igual si estás a la izquierda o a la derecha de Safire.

LA INSPIRACIÓN DEL TÍTULO y de gran parte de la argumentación de este libro proviene de la obra de Richard Stallman y de la Fundación del Software Libre. De hecho, mientras releo la propia obra de Stallman, especialmente los ensayos en *Software libre para una sociedad libre*, me doy cuenta de que todas las intuiciones teóricas que desarrollo aquí son ideas que Stallman describió hace décadas. Se podría muy bien defender que esta obra es «simplemente» una obra derivada.

Acepto esa crítica, si de verdad es una crítica. El trabajo de un abogado es siempre derivado del de otro, y en este libro no pretendo hacer más que recordarle a nuestra cultura una tradición que siempre ha sido suya. Como Stallman, defiendo que la tradición es la base de los valores. Como Stallman, creo que estos valores son los valores de la libertad. Y como Stallman, creo que estos valores de nuestro pasado necesitarán ser defendidos en nuestro futuro. Nuestro pasado ha sido una cultura libre, pero solamente lo será en nuestro futuro si cambiamos el rumbo hacia el que nos dirigimos.

Como con los argumentos de Stallman a favor del software libre, una discusión a favor de una cultura libre tropieza con una confusión que es difícil de evitar y aún más difícil de entender. Una cultura libre no es una cultura sin propiedad; no es una cultura en la que no se paga a los artistas. Una cultura sin propiedad, o en la que no se paga a los artistas, es la anarquía, no la libertad. La anarquía no es lo que propongo aquí.

Por el contrario, la cultura libre que defiendo en este libro es un equilibrio entre la anarquía y el control. Una cultura libre, como un mercado libre, está llena de propiedad. Está llena de reglas sobre la propiedad y los contratos, y el Estado se asegura de que se apliquen. Pero de la misma manera que un mercado libre queda pervertido si su propiedad se convierte en algo feudal, una cultura libre puede verse también desvirtuada por el extremismo en los derechos de la propiedad que la definen. Esto es lo que hoy en día temo que ocurra en nuestra cultura. Para combatir este extremismo he escrito este libro.